

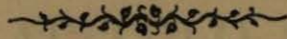
EL EDITOR.

RELACION HISTORICA

LA VIDA DEL VENERABLE PADRE

FRAY JUNIPERO SERRA.

EL EDITOR.



Como la obra del padre Clavijero que hemos publicado solo comprende la Historia de la Baja California, única que conocieron los jesuitas, nos ha parecido que debiamos completar este valúmen con la "Vida de fray Junípero Serra," escrita por su compañero el padre fray Francisco Palou, por ser ella, más que la biografía de aquel venerable religioso, la historia de las primeras tentativas de colonizacion en la Alta California.

Fué al principio nuestro ánimo refundir este escrito desechando todos los pormenores para conservar tan solo la parte histórica. Esta idea, tan sencilla en teoría, presentaba en la práctica graves dificultades, por hallarse entremezcladas de tal manera ambas cosas, que para conseguir que desapareciese casi del todo el héroe de la narracion, era preciso variar esta de tal manera que mas bien seria una obra nueva que un compendio de la antigua. Por otra parte, el estilo no podria menos de quedar confuso y abigarrado, atendiendo á la imposibilidad casi absoluta de que dos personas diversas escriban de una manera enteramente uniforme.

¿Y para qué tanto trabajo? ¿Por qué al mismo tiempo que la relacion histórica no hemos de ofrecer á nuestros lectores la relacion de tantas virtudes? Afortunadamente el autor de la obra sin permitirse erudiciones inoportunas, narra en estilo llano y agradable lo que él mismo vió ó supo con toda certeza, afirmándolo con documentos oficiales. Dejemos, pues, su obra como está, que por desgracia los bienhechores de la humanidad no son tan numerosos que podamos descuidarnos en publicar sus hechos. Seguros estamos de que nuestros lectores no tomarán á mal que contribuyamos á extender las noticias de los apóstoles de nuestro suelo. Si nos interesa vivamente la relacion de las hazañas de los que el mundo llama sus héroes, ¡cuánto mas hermoso es el espectáculo de los héroes del cristianismo, cuyo camino no va marcado por sangre, cadáveres y ruinas, sino por todos los beneficios de la paz y la civilizacion! Por nuestra parte preferimos recrearnos en la contemplacion de esas conquistas espirituales, en que sin mas armas que la razon se extendian las fronteras del mundo civilizado; preferimos contemplar á esos varones, mas celestiales que terrenos, mas ángeles que hombres, renunciar á todos los gozes de la vida social para ir á procurar el bien de salvajes desconocidos: no queremos privar de tan bello cuadro á nuestros lectores y les ofrecemos íntegra esta obra como salió de manos de su autor. Solo debemos advertir que aunque su publicacion hacia, al parecer, inútil la del Apéndice del señor Troncoso que teniamos ofrecido, no hemos querido omitirlo, ya por su corta extension, ya porque adelanta un poco mas que la vida de fray Junípero y viene á ser tambien como un extracto ó índice de esta para retener mas fácilmente en la memoria los principales sucesos.

1857 12 11 10

atención, eran las crónicas de nuestra seráfica religión, regocijándose en la vida de tantos santos y venerables como en ellas se cuentan, leyendo sus vidas con tanta atención y ternura, que parecía le habían quedado impresas en su memoria, de modo que refería la vida y ejemplares hechos de cualquiera de ellos, como si los acabase de leer, quedando admirados cuantos lo oíamos hablar de este asunto, y de la seráfica historia; y cuando le llegaba noticia de la beatificación de algún venerable, se llenaba su corazón de gozo y refería su vida como si la acabase de leer en la crónica.

De este devoto ejercicio de la leyenda de las vidas de los santos le nacieron desde novicio unos vivos deseos de imitarlos en cuanto le fuese posible, causando dicha leyenda lo mismo que causó en San Ignacio de Loyola, y lo que principalmente consiguió de dicha devota leyenda fué un gran deseo de imitar á los santos y venerables que se habían empleado en la conversión de las almas, principalmente de los gentiles y bárbaros, deseando imitarlos hasta en dar la vida y derramar su sangre como ellos lo habían practicado: así lo oí de dicho mi venerado padre, que hablándome de su llamamiento para dejar su patria y venir á las Indias, me dijo con ternura de corazón y lágrimas en los ojos: "No ha sido otro el motivo que revivir en mi corazón aquellos grandes deseos que tuve desde novicio leyendo las vidas de los santos, lo que se me había amortiguado con la distracción de los estudios; pero demos muchas gracias á Dios que empieza á cumplir mis deseos, y pidámosle sea para mayor gloria suya y conversión de las almas."

Cumplido el año de la aprobación profesó en dicho convento de Jesús el día 15 de setiembre de 1731 tomando el nombre de Junípero por la devoción que tenía á aquel santo compañero de nuestro seráfico padre san Francisco, cuyas santas sencillez y gracias de la gracia celebraba y refería con devoción y ternura. Fué tanto el júbilo y alegría que le causó la profesión, que en toda su vida no lo olvidó, sino que renovaba los votos y profesión todos los años, no solo el día de la profesión de nuestro seráfico padre san Francisco, sino también siempre que asistía á la profesión de algún novicio. Y siempre que se acordaba del gozo que tuvo en su profesión y que hablaba de ella, prorumpía en estas palabras. *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa:* Viniéronme por la profesión todos los bienes. "Yo, decía, en el noviciado estuve casi siempre enfermizo, y tan pequeño de cuerpo, que no alcanzaba al facistol ni podía ayudar á los connoviciados en los quehaceres precisos del noviciado, por cuyo motivo solo me empleaba el padre maestro en ayudar las misas todas las mañanas; pero con la profesión logré la salud y fuerzas, y conseguí el crecer hasta la estatu-

ra mediana; todo lo atribuyo á la profesión, de la que doy infinitas gracias á Dios."

En cuanto profesó nuestro padre Junípero, lo mudó la obediencia al convento principal de la ciudad á estudiar los cursos de filosofía y teología, y de tal manera aprovechó, que antes de ordenarse de sacerdote ni tener tiempo para ello, ya lo eligió la provincia lector de filosofía para el mismo convento, en donde leyó los tres años con grande aplauso, logrando tener mas de setenta discípulos entre religiosos y seculares, que aunque no todos siguieron el curso, los mas prosiguieron los tres años y lo concluyeron muchos de los seculares burlados ya en dicha facultad, obteniendo por la universidad Lulliana el grado de doctores. Antes del año de concluida la filosofía, obtuvo el reverendo padre lector Junípero el grado de doctor de sagrada teología por la dicha universidad, en la que regentó la cátedra de prima del sutil maestro hasta la salida de la provincia, y en ella se desempeñó con grande fama de docto y profundo á satisfacción así de la provincia como de la universidad, y en la dicha facultad sacó á muchos de sus discípulos burlados de doctores.

Las precisas ocupaciones de la cátedra literaria no le impedían para emplearse en la del Espíritu Santo, encomendándole los sermones panegíricos de los principales asuntos y grandes festividades, y siempre fué el desempeño con aplauso de los hombres mas doctos que lo oían. El último panegírico que predicó fué encomendado de la universidad, en la solemnísima fiesta que el 25 de enero celebra á su patron y compatriota el iluminado doctor el beato Raimundo Lulio, á que asiste la universidad formada y los hombres mas doctos de la ciudad; y como su reverencia pensaba sería el último (como lo fué en su patria), parece que echó el resto de su habilidad para crédito de la provincia, dejando á todos admirados. Oí en cuanto acabó el sermón á un jubilado excatedrático de mucha fama, de cátedra y púlpito y nada apasionado al predicador, esta expresión: *Digno es este sermón de que se imprima con letras de oro.* Pero estaba ya bien lejos de recibir tan honrosas expresiones, pues solo pensaba cómo salir á emplear sus talentos en la conversión de los gentiles, para lo que estaba entonces esperando por instantes la patente, como luego veremos.

No era menor el crédito en que estaba para sermones morales. Buscábanlo de las villas mas principales para que les fuese á predicar la cuaresma, en lo que se ocupaba todos los años, dejando sustituto para la cátedra, y se iba por las cuaresmas á emplear en la conversión de los pecadores, que con su fervoroso celo, grande habilidad, inventivas y sonora voz con que Dios lo había dotado, despertaba á los pecadores del pesado sueño del pecado, y se convertían á Dios á pesar del mortal enemigo, quien claro lo dió á entender en la villa de Selva.

Predicaba la cuaresma en dicha villa el año de 1747, y estando en lo mas fervoroso de uno de los sermones, se levantó una mujer del auditorio que estaba obsesa (como después supo por el señor rector ó cura), y encarándose muy furiosa con el fervoroso padre, llena de cólera dijo en alta voz que oyó el auditorio: *Grita, grita, que por esto no acabarás la cuaresma.* Estuvo tan lejos de aflojar en el fervor de sus sermones ni de dar crédito al dicho del demonio ó de la mujer endemoniada, que antes bien creyó lo contrario, pues ofreciéndosele á su reverencia el escribirme aquellos dias, me puso esta cláusula: "Gracias á Dios, gozo de salud, y espero así acabar la cuaresma, porque el padre de la mentira ha publicado que no la acabaré, y como no sabe decir verdad, espero concluirla sin novedad en la salud;" así sucedió, y regresado al convento, preguntándole sobre dicha cláusula, me refirió lo que llevo expresado.

CAPITULO II.

LLÁMALO DIOS PARA DOCTOR DE LAS GENTES, SOLICITA PATENTE PARA INDIAS Y CONSÍGUELA. SE EMBARCA PARA CADIZ Y LO QUE SUCEDIÓ EN EL CAMINO.

En el tiempo en que el reverendo padre lector fray Junípero se hallaba en las mayores estimaciones y aplausos, así en la religión como afuera, y que podía esperar los correspondientes honores á sus méritos, fué hecha sobre él la voz divina llamándolo para doctor de las gentes, tocándole el corazón, para que dejando su patria, padres y su santa provincia, saliese á emplear sus talentos en la conversión de los gentiles, que por falta de quien les enseñe el camino del cielo se condenan. No se hizo sordo á esta voz interior del Señor, que encendió en su corazón el fuego vivo de la caridad del prójimo, y le nació de ello unos vivos deseos de derramar su sangre, si necesario fuera, para lograr la salvación de los miserables gentiles, reviviendo en su corazón aquellos deseos que sentía cuando novicio, amortiguados por la distracción de los estudios. Pero en cuanto sintió de nuevo la vocación, consultóla con Dios en la oración, poniendo por intercesores á su purísima Madre y á san Francisco Solano, apóstol de las Indias, pidiéndoles que si era de Dios dicha vocación, tocase el corazón á alguno que lo acompañase en la empresa y tan dilatado viaje.

No obstante que su reverencia guardaba en lo mas secreto de su corazón esta vocación, quiso Dios que de una conversación que oyó el reverendo padre lector fray Rafael Verger, catedrático que era entonces de filosofía y á la presente obispo del nuevo reino de Leon, entendiese que un religioso de la provincia intentaba salir para las Indias á la conversión de los gen-

tiles. Luego me lo comunicó (por la estrechez que teníamos), aunque siempre me dijo que no lo sabía cierto, sino que lo infería de una proposición enigmática que oyó, y que no nombraban sugeto; pero que desde que oyó dicha proposición se habían entrado en su corazón vivos deseos de practicar lo propio, y que si no estuviese amarrado con la cátedra, haría lo mismo: varias ocasiones hablamos los dos del asunto, por lo que se me pegaron los mismos deseos.

Hacíamos ambos la diligencia de indagar si era verdad lo que había inferido y quién fuese el religioso, y nada pudimos rastrear; no obstante que esto bastaba para desvanecer la especie, sentíamos ambos mas y mas deseos de venir para las Indias.

Yo, que me hallaba mas libre para que no se me dificultase por parte de la provincia, estaba para resolverme y poner la pretensión para la licencia. No quise deliberar sin primero consultarlo con mi amado padre maestro y lector fray Junípero Serra. Logrando un día la ocasión de haber venido á la celda de mi habitación y que estábamos solos, le comuniqué lo que sentía en mi corazón, suplicándole me diese su parecer. Al oír mi propuesta se le saltaron las lágrimas, no de pena, como yo juzgué, sino de gozo, diciéndome: "Yo soy el que intento esta larga jornada; mi pena era el estar sin compañero para un viaje tan largo, no obstante que no por esta falta desistiría: acabo de hacer dos novenas á la purísima Concepción de María santísima y á san Francisco Solano, pidiéndoles tocarse en el corazón á alguno para que fuese conmigo si era la voluntad de Dios, y no menos que ahora venia resuelto á hablarle y convidarle para el viaje, porque desde que me resolví he sentido en mi corazón tal inclinación á hablarle, que esta me hizo pensar que vuestra reverencia se animaría. Y supuesto que lo que con tanto secreto he guardado en mi corazón ha llegado á noticia de vuestra reverencia por el conducto que me dice, sin saber quién era, al mismo tiempo que yo pedía á Dios tocarse el corazón á alguno y sentía mi total inclinación á vuestra reverencia, sin duda será la voluntad de Dios. No obstante, encomendémoselo al Señor, y haga lo mismo que yo he practicado de las dos novenas y guardemos ambos el secreto." Así lo practicamos, y concluidas resolvimos seguir la vocación y correr las diligencias para el efecto.

Ingrato fuera si callara lo dicho, pues confieso deber á las oraciones de mi venerado padre lector Junípero el verme entre los misioneros de *Propaganda fide*; felicidad tan grande, que en sentir de la venerable madre es envidiable de los bienaventurados, como lo escribió dicha sierva de Dios á los misioneros de mi seráfica religión empleados en la conversión de los gentiles de la custodia del Nuevo Méjico, cuya carta copiaré á

lo último si tengo lugar, pues es bastantemente eficaz para animar á todos á que vengan al trabajo de la viña del Señor, y confirma y aprueba el régimen que acostumbramos en estas misiones. Y asimismo á su ejemplo deben todos los demás religiosos que de dicha provincia han venido para los colegios, dicha felicidad, como también la provincia le debe que por el ejemplo de su esclarecido hijo haber logrado otro tan fervoroso, que después de haber convertido muchísimos gentiles á nuestra santa fe, derramó su sangre y gustoso rindió la vida para que se lograra la conversión de los demás, siendo este martirio de tanta gloria y honor para su santa madre, como también el ver otro hijo suyo gobernando la mitra del nuevo reino de Leon, honrando no solo á su provincia, sino á toda la religion seráfica, y puede gloriarse que si se privó de un Junípero por haberse trasplantado á la América, este por su fecundidad ha reengendrado y dado á la Iglesia santa una selva de Juniperos, todos hijos de su apostólico celo (como veremos á su tiempo), que todo redundará en honor de la provincia y del apostólico colegio de San Fernando, jardín á donde la trasplantó su ejemplar vocación, tan envidiada de aquella como de toda su patria admirada, para cuyo seguimiento practicó lo siguiente.

Luego que se vió con compañero, escribió á los reverendísimos comisarios generales de la familia y de Indias, pidiéndoles la licencia para pasar á la América á la conversión de los gentiles: respondió el reverendísimo de Indias dificultándole, porque solo dos comisarios habia en España de los colegios de la Santa Cruz de Querétaro y San Fernando de Méjico, y estos con las misiones ya completas en la Andalucía en vísperas de embarcarse, pero que nos tendria presentes para la primera ocasion, añadiendo que podria haber inconveniente por no ser del continente de España.

No por esto desistió de su intento el fervoroso padre Junípero ni se entibió en la vocación, antes sí repitió carta á su reverendísima, suplicándole que si por ser de isla habia de haber dificultad, nos facilitase la licencia para incorporarnos á alguno de los colegios del continente de España para obviar todo impedimento. En este estado se hallaba la pretension cuando se acercaba la cuaresma del año de 49, que tenia encomendada el reverendo padre Junípero para predicarla en la parroquia de su patria la villa de Petra, y dejándome encomendado el asunto, que estaba en secreto de los dos, se partió para su destino.

No se olvidó nuestro reverendísimo padre comisario general de Indias, fray Matías Velasco, de nuestra pretension, ni omitió diligencia alguna para darnos el consuelo á que aspirábamos; sino que luego que recibió la primera carta, la despachó á los comisarios de los citados colegios que se ha-

laban en Andalucía, encargándoles que si se les desgraciase alguno nos tuviesen presentes. Llegó tan á buen tiempo la carta, que de los treinta y tres religiosos alistados para la mision de San Fernando, se habian arrepentido cinco, amedrentados de la mar, que jamás habian visto, con cuyo motivo hubo lugar para nosotros. Luego el reverendo padre fray Pedro Perez de Mezquia, de la provincia de Cantabria y comisario de la mision, nos despachó por el correo ordinario las dos patentes; pero estas no llegaron, y si hemos de creer al dicho de cierto religioso grave del expresado convento de Palma, se perdieron desde la portería hasta la celda de mi habitacion.

Viendo el padre comisario de la mision que con dichas patentes no parecíamos, nos remitió otras por conducto extraordinario, que no se pudieron perder. Recibilas el dia 30 de marzo, á tiempo que iba á la bendicion de palmas, y luego que salimos de refectorio (con la bendicion y licencia de nuestro muy reverendo padre provincial), caminé para la villa de Petra, y entregando aquella misma noche la patente al reverendo padre Junípero, fué para él de mayor gozo y alegría que si le hubiera llevado cédula para alguna mitra. Tratamos luego el dia siguiente de verificar cuanto antes nuestro viaje y de que fuese con el mayor secreto; y supuesto que faltaban tan pocos dias de la cuaresma, resolvió concluir: entre tanto yo me regresé á la ciudad en solicitud de embarcacion, la que no habiendo hallado para Cádiz, y si un paquebotillo inglés que después de Pascua se hacia á la vela para Málaga, ajusté con su capitán el pasaporte y di aviso al reverendo padre Junípero, quien después de haber predicado el último sermón en la misma parroquia en que habia sido bautizado, y despedidose en él de sus compatriotas (aunque sin expresar nada de su viaje), salió el dia tercero de aquella Pascua para retirarse al convento de la ciudad, habiendo visitado á sus ancianos padres, despedidose y tomado la bendicion de ellos para volverse, respecto haber concluido su tarea, á quienes dejó asimismo ignorantes de su determinacion, quedando por esto mas oculta.

El 13 de abril, que fué aquel año la dominica *in Albis*, se despidió de la comunidad del convento principal saliendo al refectorio á decir las culpas, pedir perdon á todos los religiosos y la bendicion al prelado, que entonces era el mismo que habia sido su lector de filosofía, siendo secular, y viendo ahora la extraordinaria vocacion de su discípulo y el grande ejemplo que daba, no solo al convento, sino á toda la provincia, se enterneció tanto, que embargada la voz casi no pudo articular palabra, reduciéndose aquella despedida mas á lágrimas que á voces, con cuyo espectáculo no pudo menos que moverse á ternura aquella gravísima comunidad, y mas cuando vió que el reverendo padre Junípero fué por último besando los piés de todos los religiosos

hasta del menor novicio. Despedidos ya de la comunidad, caminamos luego para el muelle y nos embarcamos en dicho paquebot.

Era el capitán de este barco un hereje protervo y tan provocativo, que en los quince dias que duró la navegacion hasta Málaga, no nos dejó quietud, pues con trabajo podiamos rezar el oficio divino, por querer continuamente argüir ó altercar sobre dogmas, que aunque no sabia mas idioma que el inglés y algo del portugués (en el que medio se explicaba), formaba en este sus argumentos, y teniendo la Biblia en la mano traducida en su lengua nativa, leia algun texto de la Escritura que interpretaba á su antojo. Pero como nuestro fray Junípero estaba tan instruido y versado en lo dogmático y sagrada Escritura, lo mismo era percibir su error y la mala inteligencia del texto que citaba para sostenerlo, que luego le mencionaba otro con que plenamente la deshacia. Leia el capitán en su mugrienta Biblia, y no hallando por dónde evadirse, respondia que estaba rompida la hoja y que no tenia aquel verso: citábale otro y era la misma su respuesta: con lo que aunque bien se le conocia quedar confundido y avergonzado, pero nunca se redujo y quedó obstinado.

De esto se siguió el irritarse tan demasiado contra nosotros, y principalmente contra mi venerado fray Junípero, por ser el que lo confundia, que varias veces nos amenazó con que nos echaria al mar y se marcharia para Londres. No dudo lo hubiera hecho á no temer la resulta, pues en una de ellas le dije que no tenia miedo, pues veniamos seguros por el pasaporte que habia firmado, y que si no nos ponía en Málaga, nuestro rey pediria al de Inglaterra por nosotros y su cabeza lo pagaria. No obstante este amago, una noche enfurecido de la disputa que sobre dogmas habia tenido con nuestro padre lector, llegó á ponerle un puñal á la garganta, con intenciones (al parecer) de quitarle la vida; y si no lo verificó, fué porque Dios tenia reservado á su siervo para mas dilatado martirio y para la conversión de tantas almas como después veremos.

Tiróse el capitán á su cama para desfogar la ira que lo consumia, y por si pasase adelante con sus intentos, cuidó el venerable padre de despertarme, diciéndome como lleno de gozo: que no era tiempo de dormir, pues podria ser que antes de llegar á Málaga consiguiésemos el oro y plata, en cuya solicitud pasamos á las Indias: refirióme lo sucedido y se desahogó diciendo: "Me queda el consuelo de que jamás le he movido la conversacion ni disputa, por ser tiempo perdido; pero me parece que en conciencia debo responder por el crédito de nuestra religion católica." Pasamos la noche en vela, previniéndonos para lo que podia acontecer, animando mi tibieza y pusilanimidad el ardiente celo de mi venerado padre lector; pero se contuvo la ira de

aquel perverso hereje, y ni aun en el resto del camino fué tan molesto como antes.

A los quince dias de navegacion y en el que la santa Iglesia celebra el Patrocinio de señor san José, llegamos á Málaga; fuimos luego á parar al convento de nuestro seráfico padre san Francisco de la provincia de Granada, y en este dió un buen ejemplo el venerable padre Junípero, pues no habiendo pasado ni media hora de la llegada, ya fué á completas y oracion, siguiendo así todos los actos de comunidad los cinco dias que allí nos mantuvimos; y pasados estos nos fuimos (en Javeque de Paisanos) para Cádiz, á cuyo puerto llegamos el 7 de mayo.

CAPITULO III.

DETENCION EN CÁDIZ: EMBÁRCASE PARA VERACRUZ Y LO QUE PRATICÓ EN EL CAMINO EL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.

Hallábase en Cádiz la mision colectada para el colegio de San Fernando de Méjico esperando ocasion para embarcarse, y luego que llegamos á tierra fuimos dirigidos al hospicio de la mision y recibidos en él con afectuosas expresiones, tanto del reverendo padre comisario como de los demás religiosos; refiriónos luego su reverencia la casualidad que habia sucedido de los cinco, que como queda dicho, se habian amedrentado, con la cual habian dado lugar á nuestra venida, y añadió que ojalá hubiésemos sido cinco los pretendientes, que otras tantas patentes habria enviado. Al oír esto el venerable padre Junípero, le respondió que pretendientes no faltaban y que si hubiese tiempo podian venir. Dijole el padre comisario que tiempo habia suficiente, porque habiendo la mision de embarcarse en dos trozos, podrian ellos hacerlo en el último; y dándole tres patentes, las despachó á la provincia: con ellas vinieron los padres fray Rafael Verger, fray Juan Crespi y fray Guillermo Vicens, movidos todos del ejemplo de nuestro venerable padre Junípero.

El dia 28 de agosto del año de 1749 se embarcó en Cádiz el primer trozo de la mision: componiase del presidente, hijo del colegio de Sancti Spiritus, en la provincia de Valencia, y de otros veinte religiosos, entre los cuales venia mi venerado padre. En el dilatado viaje de noventa y nueve dias que tardamos en llegar á Veracruz, se ofrecieron bastantes incomodidades y sustos, porque en lo reducido del buque tuvo que acomodarse, á mas de esta mision, otra de reverendos padres dominicos, y muchos pasajeros de carácter; y por la escasez de agua que en los quince dias antes de llegar á Puerto-Rico se experimentó de ella, se nos minoró tanto la racion, que la que nos daban en las 24 horas de cada dia, poco pasaba de un cuartillo, y ni aun se podia hacer chocolate. Pero padeció fray Junípero estos

rabajos con tanta paciencia, que jamás se le oyó ta menor queja ni se le advirtió tristeza alguna; leon lo que admirados los compañeros, solian preguntarle: ¿que si no tenia sed? Pero su respuesta era: *no es cosa de cuidado*; y si alguno se quejaba de que no podia aguantarla, le respondia con mucha gracia y mayor doctrina: "Yo he hallado algun medio para no tener sed, y es el comer poco y hablar menos para no gastar la saliva."

En todo el tiempo de la navegacion jamás se quitó el santo Cristo del pecho, ni aun para dormir: Todos los dias, salvo los en que el temporal no daba lugar, celebraba el santo sacrificio de la misa. Ocupábase de noche en confesar á los que para este efecto lo solicitaban. Venerábanlo todos como á muy perfecto y santo, por el grande ejemplo que les daba con su humildad y paciencia.

Llegamos á hacer aguada en la isla de Puerto-Rico á mediado de octubre, y desembarcados en ella la tarde de un dia sábado, fuimos á hospedarnos á una ermita titulada de la Purísima Concepcion, situada sobre la muralla de la ciudad, la cual tenia su capilla con tres altares, y bastante vivienda para toda la mision. Entrada ya la noche nos convidó el ermitaño ó sacristan que cuidaba de la capilla si queriamos asistir al rezo de la corona, al que concurría aquella gente por ser sábado. Aun no habian acabado de desembarcar todos los religiosos, con cuyo motivo estaba ocupado el padre presidente, encargóle á nuestro fray Junipero que fuese á dicha capilla con los que estábamos ya en tierra, y le dijo: que podia desde el púlpito rezar los gozos de nuestra Señora, y decir cuatro palabras para consuelo de la gente. Asistimos y cantamos la *Tota pulchra*, y concluida esta, dijo mi venerado padre cuatro palabras, que fueron estas: "Mañana para consuelo de los moradores de esta ciudad se dará principio á la mision, que durará el tiempo de la detencion del navio: convidó á todos para mañana en la noche en la catedral, donde se comenzará."

No pudo menos que este convite y anuncio de mision sorprendernos á todos, y mucho mas al reverendo padre presidente, que ni habia pensado en tal cosa; y preguntándole al reverendo padre lector ¿qué por qué lo habia hecho? respondió que así lo habia entendido de su reverencia. "Porque ¿qué palabras (dijo) de mayor consuelo podría yo referir á estos pobres isleños, que anunciarles tendrían misiones en el tiempo de nuestra detencion?" Alegróse de esto el padre presidente y asimismo todos los misioneros, y mas cuando tuvimos noticia de que la mayor parte de aquella gente no se habia confesado desde que estuvo allí la otra mision de San Fernando, y practicó lo mismo hacia nueve años.

El dia siguiente al entrar la noche, habiéndonos repartido por la ciudad á dar el asalto con

pláticas y saetas, nos juntamos en la iglesia catedral. En ella predicó el primer sermón á un numeroso concurso de gente el reverendo padre que presidia la mision, y el segundo dia lo hizo el reverendo padre fray Junipero. Quince dias se detuvo allí el navio, y de estos fueron ocho á pedimento de la ciudad, para que la mision siguiera. En este tiempo empleándonos todos en confesar de dia y la mayor parte de la noche, se consiguió que todos los vecinos se confesasen y ganaran el jubileo, pues segun se dijo, no quedó persona alguna sin confesar, atribuyendo todos este espiritual fruto al fervoroso celo de nuestro venerable padre.

Concluida la mision, salimos de aquel puerto para el de Veracruz el dia 2 de noviembre, y estando ya á la vista de él (á últimos del mismo mes) se levantó un norte tan furioso, que obligó á poner la proa para la sonda de Campeche, y caminando hacia ella, sobrevino una deshecha tempestad, que duró los dias 3 y 4 de diciembre, y en la noche de este último, dándose todos por perdidos, no tenian mas recurso que disponerse para la muerte; pero nuestro fray Junipero se martuvo en medio de tanta tempestad con tan inalterable paz y quietud de ánimo, como si desde luego se hallara en el dia mas sereno; de suerte que preguntándole si tenia miedo, respondia que algo sentia, pero que haciendo memoria del fin de su venida á las Indias, se le quitaba luego. La misma fué su tranquilidad cuando en la misma noche nos avisaron se habia sublevado la tripulacion del navio contra el capitán y pilotos, pidiendo ir á barar para que algunos se salvaran, pues ya ni el barco podia aguantar ni las bombas eran suficientes para agotar la mucha agua que hacia. De estos peligros nos libró Dios por intercesion de la gloriosa virgen y mártir santa Bárbara, que en aquel dia celebra anualmente la iglesia; pues habiendo todos los religiosos que veniamos de las dos misiones puesto en una cédula el santo de su devocion, y uno de los nuestros en la suya á la expresada Santa Bárbara, salió sorteada por patrona; y clamando todos á una voz *viva santa Bárbara*, cesó en aquel mismo instante la tempestad, y el viento adverso se mudó tan benigno, que dentro de dos dias y en el sexto de diciembre, dimos fondo en Veracruz, y el siguiente, vispera de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, desembarcamos sin novedad.

CAPITULO IV.

VIAJE QUE Á PIÉ HIZO EL VENERABLE PADRE DESDE VERACRUZ HASTA MÉJICO.

Luego que llegaron á tierra nuestra mision y la de los reverendos padres dominicos, se celebró por ambas una solemne fiesta á nuestra gloriosa protectora santa Bárbara, en prueba de nuestro reconocimiento y para cumplir la promesa que

en la mayor aficcion se le hizo. En esta funcion predicó nuestro venerable Junipero, haciendo cumplida narracion de las mas leves circunstancias y casuales accidentes ocurridos en el dilatado viaje de noventa y nueve dias; pero con tanta perfeccion y elocuencia, que dejando asombrados á todos, adquirió sobre la fama de ejemplar que ya tenia, la de muy docto y humilde, pues hasta entonces no se habia conocido ni lo mas mínimo de sus grandes talentos.

Reconocido el temperamento de Veracruz tan achacoso (como yo experimenté prontamente, por haberme visto á la muerte), se trató luego de la salida para Méjico, para cuyo viaje, que es de cien leguas, costea el rey á los religiosos el caruaje y demás necesario, en atencion á que la navegacion tan dilatada y repentina mudanza de clima, no dan lugar á hacerlo á pié, sino á caballo y con alguna comodidad. Pero nuestro ejemplar Junipero, deseando hacerlo sin descanso alguno, pidió al reverendo padre presidente le permitiese caminar á pié, supuesto que se hallaba con salud y fuerzas para ello; y conociendo este el fervoroso espíritu de aquel, le dió licencia, y juntamente á otro misionero de la provincia de Andalucía, que tambien la solicitaba, salieron ambos de este modo, sin mas guia ni viático que el breviario y su firme confianza en la divina Providencia; pero habiendo escogido la mejor arca, lejos de faltarles nada en el camino, experimentaron visiblemente la singular asistencia del Todopoderoso.

En una de las jornadas, que fué mas larga de lo que pensaban (después de muy entrada ya la noche), llegaron á la orilla de un rio, que segun les habian noticiado, tenian que pasar antes de llegar al pueblo donde habian de parar: reconocieron luego lo crecido que era y el peligro que amenazaba al que intentase pasarlo sin conocimiento del único vado que tenia. Estos motivos, lo tenebroso de la noche y la absoluta falta de quien les enseñase el vado, fueron la rémora que detuvo á nuestros caminantes para entrar en el agua, y esperando del cielo el socorro de aquella necesidad, se pusieron á rezar la Benedicta á nuestra Señora; concluyéronla, y luego les pareció que miraban al lado opuesto un bulto que se movia; pero para cerciorarse fray Junipero de si era cierto ó no, dijo en voz alta estas palabras: "Ave María santísima: ¿hay algun cristiano á la otra banda del rio?" Respondieronle que sí y que qué se ofrecia. Dijeron que deseaban pasar el rio y no sabian el vado; y diciéndoles que subiesen por la orilla hasta que les avisase, caminaron un gran trecho, y luego la guia, que no veian, les dijo que ya podian pasar; hicieronlo sin peligro alguno, y hallaron al que les hablaba, que era un hombre español, bien vestido, muy atento y de pocas palabras, el cual los llevó para su casa, sita á gran distancia del rio, les dió de cenar y camas en que dormir; pero

cuando por la mañana salieron de la casa para la iglesia á decir misa, y en todo el camino no pisaron mas que hielo el por mucho que aquella noche habia caido, desde luego conocieron el beneficio tan grande que Dios les habia hecho de proporcionarles abrigo por medio de aquel bienhechor, pues sin él hubieran perecido al inclemente rigor del frio.

El haber hallado á este hombre en aquel lugar á una hora tan intempestiva y en noche tan oscura, no pudo menos que causar admiracion á ambos padres; pero habiéndole preguntado el motivo de hallarse tan apartado de su casa á aquella hora, les respondió que habia salido á diligencia, con lo cual no quisieron ser mas curiosos. Todo esto pudo ser casualidad; pero no lo atribuyeron nuestros peregrinos sino á singular beneficio de maria Santísima, á quien en reconocimiento dieron las debidas gracias; y habiéndolo hecho asimismo á su bienhechor y despedidose de él, siguieron su camino.

Habian andado un gran trecho y haállbanse sumamente fatigados del cansancio y no menos molestados de los ardores del sol, cuando un hombre que encontraron á caballo, después de saludarlos y preguntarles dónde iban á parar, les dijo: "Venerables religiosos, vendrán cansados y sedientos; tomen una granada y los refrescará algo." Dió á cada uno una granada, y habiéndose despedido, siguió él su camino y los padres el suyo. Comieron estos aquella pequeña fruta, la que no solamente los refrescó y apagó la sed que padecian, sino que les dió fuerzas para seguir su jornada sin demasiada fatiga hasta la hacienda donde iban á parar, y habiendo sentido este efecto, hicieron reflexion sobre el sugeto que los habia regalado, pues por su aspecto y modo de hablar, les pareció ser el mismo que la noche antecedente les habia enseñado el vado del rio y hospedado en su casa.

Varias veces hizo mencion de estos casos el venerable padre Junipero para exhortar á la confianza en la divina Providencia, y decia que aquel bienhechor ó fué el patriarca señor san José, ó algun devoto hombre á quien este santo tocó el corazon para que les hiciera estas obras de caridad.

Otro suceso semejante á los referidos les aconteció en la siguiente jornada. Habian hecho noche en una hacienda, y por la mañana después de haber uno dicho misa, se despidieron del dueño ó administrador, quien por si llegasen tarde á la posada les dió una torta de pan: pusieronse en camino, y á poco rato encontraron un pobre que les pidió una limosna: diéronle lo único que tenían, que era aquel pan, confiados en que llegarían temprano al lugar donde habian de parar, y que en caso contrario no les faltaria la divina Providencia: así lo vieron cumplido, pues habiéndoseles hecho larga la jornada, por el mucho cansancio y necesidad que sentian, se sentaron á